Javier LABORDA GIL (2016): *El discurso, cultura de la acción*, Barcelona: Editorial UOC, 162 págs. ISBN 978-84-9116-557-6.

Heraclia CASTELLÓN ALCALÁ
Grupo ILSE

Con la obra *El discurso, cultura de acción*, Xavier Laborda continúa con su dedicación conocida y asentada a los estudios discursivos, a través de una variada gama de formas textuales y fines comunicativos. Esta reciente contribución ofrece una compilación de seis explicaciones discursivas sobre materiales de diversos orígenes y subgéneros, a la que se añaden en su último capítulo las reseñas que Laborda elabora sobre sendas publicaciones. En muchas ocasiones a lo largo de este análisis no se limita al reconocimiento de los procedimientos enunciativos, sino que enfoca y rastrea el medio social e ideológico en el que se han producido.

Si bien la categoría textual global es sin duda la ensayística, esto es, la de un texto expositivo para esclarecer o avanzar en el conocimiento de una materia o asunto dado, por el modo de operar en algunos capítulos el estudio llega a convertirse en un cruce de géneros, y por momentos en estas páginas nos adentramos en otros moldes constructivos, como puede ser el ensamblaje narrativo-expositivo, esto es, el acercamiento de cariz ensayístico avanza a través del modelo textual narrativo, en concreto en el capítulo II, «10 microrrelatos para 10 problemas discursivos».

Hay diversidad en el carácter que presentan los distintos apartados del libro. Por un lado, contiene capítulos que se ciñen a la observación de un corpus cerrado y concreto, en tanto que en algún otro se adopta una perspectiva global más amplia, por atender a la propia lingüística como disciplina, o a técnicas y procedimientos retóricos.

El capítulo I, «El discurso, mundo de acción e influencia», nos brinda un mapa global de la obra, en tanto que declara el soporte teórico de que se nutre y las parcelas en las que el estudio se va a detener. El punto de partida es el concepto clave del discurso como origen de la «cultura de acción»; subraya cómo, tras superarse el modelo saussureano, con el enfoque abierto del análisis del discurso se percibe la imposible separación entre discurso y acción. Reivindica la figura de Roland Barthes, quien reclamaba mayor atención a la retórica y postulaba su recuperación. Rastrea el giro que se marcó en los estudios lingüísticos desde los años setenta para atender al

uso, tras entenderse ahora el lenguaje como una actividad dirigida a algo, factor por el que resultan de interés ahora sus empleos y fines.

Delimita, por último, en este capítulo inicial algunas de las materias que aborda el trabajo, que conforman un breve repertorio de diversos géneros discursivos: el refrán, el microrrelato y la reseña, «aplicados de modo conciso a la publicidad moral, las prácticas escolares, las entrevistas sociolingüísticas, la oratoria fascinante y la formación de una biblioteca del discurso». Y el recorrido que traza para el resto de capítulos pasa, pues, del estudio de diez microrrelatos (capítulo II) —«historias fragmentarias»— para llegar a los conceptos que las explican; en el III, estudio de un corpus de breves mensajes aleccionadores mostrados en una determinada institución decimonónica, mientras que el IV capítulo presenta un repertorio de cuadernos escolares como testimonio de adoctrinamiento en el franquismo. El capítulo V repasa marcadores discursivos presentes en una serie de entrevistas sociolingüísticas. Los dos últimos capítulos ya apuntan a otros ámbitos; el VI tiene un amplio enfoque, no ceñido a un género determinado, sino al logro del éxito comunicativo, puesto que se centra en la «inteligencia comunicacional» como vinculada a cuatro principios: la perspectiva (prudencia), la habilidad expresiva, la negociación y el orador *sexy* (persuasión). Y es en el capítulo VII, el último, donde la perspectiva se cierne sobre la propia lingüística, pues consiste en las reseñas que elabora sobre otras publicaciones de lingüística, que él considera «libros magistrales» y, por tanto, recomendables como guía sobre el estudio del discurso. Para los capítulos II al VII se indican las respectivas primeras redacciones con que aparecieron en anteriores publicaciones.

El capítulo II, «10 microrrelatos para 10 problemas discursivos», es un acercamiento novedoso, dotado de la amenidad y fluidez de lo divulgativo. En los diez casos, parte de brevísimas situaciones comunicativas reales para analizarlas en clave discursiva, como ilustración de un procedimiento retórico, persuasivo, etc. Tales fragmentos comunicativos, una vez ubicados y explicados, Laborda los pone en relación con fenómenos pragmáticos, discursivos, argumentativos..., con un aparato de análisis con distintos grados de solidez y enjundia. Según advierte el autor, su explicación vendría a ser un «borrador para un ensayo», y se aplica a un «material, atractivo y enigmático, de diez historias orales», «diálogos oídos por azar», sobre «problemas sobre comunicación y discurso». Dado el carácter fragmentario de los elementos del corpus —de «condición parcial y polisémica»—, el tratamiento que se les dispensa los muestra como bullentes actos de lengua, útiles para ilustrar fugazmente fenómenos discursivos (modalidades enunciativas, figuras retóricas, registro expresivo...).

El capítulo III anuncia, desde el juego de palabras de su título —«Por caridad, literatura moral y mural»—, su contenido: se dedica al análisis de

los textos que ilustraban los muros de un centro de beneficencia del siglo XIX, la antigua *Casa de Caritat* de Barcelona. Se trata de un conjunto de diecinueve refranes, la mayoría rimados, de origen preferentemente popular, si bien algunos muestran rasgos que los acercan a las sentencias cultas, que responden a una difusión publicitaria dentro del ámbito de esa institución de beneficencia. En su tratamiento, Laborda aplica el modelo de análisis paremiológico de Ramón Almela y Julia Sevilla. Por los valores ideológicos que los inspiran, reconoce Laborda que se encuadran en una cultura agraria y teocéntrica; los temas sobre los que giran apuntan a «estados del alma» (prudencia, sabiduría, bondad, felicidad). Rastrea en ellos igualmente su función comunicativa (asertiva, valorativa, actuativa), su modalidad discursiva, así como la aparición de la *deíxis* y de los marcadores. Subraya la excepcionalidad de este corpus paremiológico, pues no se avienen a su carácter intertextual, esto es, su «dependencia discursiva», ya que en este lugar los refranes carecen de cualquier contexto en el que insertarse.

En el capítulo IV, «Cuadernos escolares e ideología totalitaria», el asunto estudiado en esta ocasión es otro repertorio, en este caso el de los cuadernos de primaria de una escolar, de 1970 a 1974, como «producto de la propaganda» del franquismo. En ellos se centra, por ejemplo, en las redacciones de cada inicio de curso, para comprobar la evolución y progresiva madurez de la alumna a través de sus declaraciones en cuanto a su propia formación, como proyecto de futuro. Constata el avance expresivo en el uso de elementos lingüísticos y en una visión del mundo paulatinamente más definida y de mayor bagaje personal e ideológico. Pero son otras las actividades escolares donde Laborda observa la mayor carga propagandística del régimen, tales como los ejercicios de geografía, historia, literatura; por supuesto, las actividades de religión difundían con insistencia las creencias y normas establecidas en la época. Del escrutinio de este conjunto didáctico extrae Laborda la conclusión de que en este periodo –que históricamente fue el último lustro del franquismo– las prácticas escolares referidas rezumaban un ideario férreamente apegado a los valores y consignas del régimen que, sin embargo, vivía sus postrimerías. Junto al análisis discursivo, se apunta la crítica al modelo educativo emanado del régimen franquista.

«Relatos breves de familias plurilingües» constituye, por su parte, el V capítulo y consiste en el estudio de narraciones autorreferenciales extraídas de unas entrevistas sobre lengua y sociedad realizadas a miembros adultos de familias plurilingües que cuentan con algún hijo en edad escolar, domiciliadas en el área metropolitana de Barcelona. Sigue el «modelo de análisis lingüístico del dramatismo de J. Brunner y S. Weissner» en la narración autobiográfica. Esta metodología de referencia apunta a comprobar las referencias discursivas a los agentes, acciones, secuencias de sucesos, canon

y perspectiva del narrador, partiendo de la posible existencia de un conflicto, de ahí su «dramatismo»; se entiende el dramatismo como desviaciones «respecto a lo previsible o canónico». La elección del marco narrativo se justifica porque en él se trata de lo «moralmente apropiado» así como por «objetivar discursivamente la complejidad existencial». Con estas entrevistas se trata de conocer las concepciones y usos de las distintas lenguas en el seno de las familias.

Con el siguiente capítulo, el VI, «Inteligencia comunicacional: principios y vidas ejemplares», el foco se amplía para atender a las habilidades discursivas y sus requisitos, si bien se muestran en dos modelos admirados, en dos autores, ambos de elevada talla literaria y oratoria. Se dedica al «metalenguaje de la retórica» a partir de las figuras de Mark Twain y Ramón Gómez de la Serna, cuyos ejemplos personales ilustran la historia de la elocuencia; ambos promueven una visión que empareja el humor con la intención moral: «la imaginación y la deformación humorística como punto de vista moral». Maneja Laborda aquí el concepto de «inteligencia comunicacional», que reside en la comunidad como «bien intangible regulado por tradiciones, instituciones, medios de comunicación...»; desde sus usos en la Antigüedad clásica, se aplica a la justicia, la utilidad pública y la belleza, los «mayores bienes sociales»; la inteligencia comunicacional aún capacidad reflexiva, claridad expositiva y consideración emotiva. Para el autor, los logros de la retórica estriban en los principios de «la perspectiva, las cinco habilidades, la negociación y el orador sexy». El primero, la perspectiva, configura el procedimiento de pensamiento. Para el segundo, como habilidades del orador, se enumeran cinco tareas: inventiva, organizativa, expresiva, memorización y actuación, esto es, las cinco fases de la retórica clásica. Sobre la negociación, se recomienda pertrecharse del número suficiente de argumentos con los que afrontar el desacuerdo, y, en tal supuesto, centrarse más en las razones que se comparten que en las que enfrentan. Como orador «sexy» se entiende el que atrae por sus palabras, con claridad y sugestión; para asegurar la claridad, conviene disipar la «niebla» (concepto tomado de Robert Gunning) que conlleva la extensión de frases y palabras del texto; facilita incluso una fórmula matemática¹ para medirla. Por otro lado, para provocar emociones, se recurre a incluir relatos, anécdotas, preguntas, así como a crear imágenes (metáforas, analogías...). Apunta un conjunto de recomendaciones para el éxito oratorio; y como ejemplo ilustrador de todo ello remite a Gómez de la Serna en sus greguerías. Mark Twain es igualmente citado –en especial su *Autobiografía*– como referente,

¹ Habría que contar el número de palabras por frase; contar el número de palabras (verbos y nombres propios excluidos) de tres o más sílabas; sumar estas dos cantidades y multiplicar por 0,4; si el resultado es de 20 o superior, se considera de dificultad notable.

por su elogio de la risa y por su fórmula de «orador ideal», acreditado en sus tres requisitos ciceronianos (*natura, ars y exercitatio*). Y aporta Laborda una muestra de la genialidad humorística del autor norteamericano en la *captatio benevolentiae*: aparecía ante el auditorio como si fuese el presentador del orador, a quien colmaba de elogios, para luego desvelar que él era el citado esperado orador, con lo cual creaba un efecto hilarante.

El libro concluye con «10 títulos imprescindibles de la guía del discurso», séptimo y último capítulo. En él selecciona y comenta una serie de publicaciones sobre el discurso (argumentación, negociación, análisis crítico...) y la lingüística del texto; ofrece así una serie de claves para destacar la singularidad de cada autor y obra, con especial atención a los trabajos de carácter práctico, enfocados a los empleos comunicativos. Lo inicia la reseña sobre *Análisis del discurso* (2011) de Covadonga López Alonso, de quien ejemplifica el interés de su certero estudio con su explicación acerca del discurso digital. Se detiene igualmente en la obra de L. Cortés y J. L. Muñío *Mejore su discurso oral* (2012), de la que destaca su reivindicación de incorporar a la docencia en secundaria los olvidados estudios y técnicas retóricos, así como el método que se facilita para el desarrollo de estas destrezas. Resultan de interés también sus reseñas sobre un par de publicaciones que postulan una serie de estrategias negociadoras, o sobre alguna otra acerca del tratamiento periodístico sesgado de la violencia de género.

En suma, este trabajo es un acercamiento ameno, variado y práctico, por ofrecer tanto un útil conjunto de consejos para la adquisición de habilidades retóricas y discursivas, como la explicación desde el análisis del discurso de determinados productos comunicativos, o indicaciones acerca del rumbo reciente de la lingüística, a través, por ejemplo, del comentario de algunas publicaciones recientes².

Es quizás sorprendente la discrepancia en el uso gramatical que mantiene Laborda con respecto a la normativa académica³ de las pasivas reflejas, de la que hay muy abundantes ejemplos a lo largo de estas páginas: «se obtiene gratificaciones personales» (solapa), «cómo se utiliza los discursos para conseguir ciertos fines» (pág. 14) y «se estudia los recursos verbales» (pág. 15).

² Hay algún caso de despiste terminológico (*adicción* por *adición*, pág. 149) u onomástico (el mismo autor, mencionado una vez como *Eustaquio* y otra como *Eustasio*, pág. 157, desliz, por otra parte, puramente trivial y sin duda causado por lo infrecuente del antropónimo).

³ Literalmente, la respuesta de la RAE (<<http://www.rae.es/consultas/se-venden-casas-se-buscan-actores-frente-se-busca-los-culpables>>) a una duda sobre oraciones impersonales y pasivas reflejas es que «si el elemento nominal sobre el que recae la acción verbal expresa cosa, debe emplearse la construcción de pasiva refleja; por tanto, el verbo ha de ir en plural si este elemento es plural».

BIBLIOGRAFÍA

- ALMELA PÉREZ, Ramón y Julia SEVILLA MUÑOZ (2000): «Paremiología contrastiva: propuesta de análisis lingüístico», *Revista de Investigación Lingüística*, 1, vol. III, 7-47.
- BRUNER, Jerome y Susan WEISSER (1995 [1991]): «La invención del yo: la autobiografía y sus formas», en D. Olson y N. Torrance (eds.), *Cultura escrita y oralidad*, Barcelona: Gedisa, 1995, 177-202.
- CORTÉS RODRÍGUEZ, Luis y José Luis MUÑO VALVERDE (2012): *Mejore su discurso oral*, Almería: Universidad de Almería.
- LÓPEZ ALONSO, Covadonga (2014): *Análisis del discurso*, Madrid: Síntesis.